

Entevista a Toribio McFarlaine

No pude evitar un sobresalto y cierto sudor pegajoso cuando me topé ya entrada la noche, y a la vuelta de una esquina de Lanús, en ese hervidero humano y conglomerado comercial y antropológico que ya no tiene nada que envidiarle a Once, Miserere y a aledaños, con Toribio McFarlaine, quien era alguien sino de temer al menos de preocupar; un tipo de almas traer o perder (era o había sido Pastor de una iglesia no dominical, ni sabática ni musulmana ni hinduista ni budista).

En cierta ocasión le pregunté, así a boca de jarro

—Qué día guardan en su iglesia?

—Nosotros no guardamos días, sino quincenas.

—Quincenas? Cómo es eso?

—Es usted un hombre de fe? -me retrucó-.

—...No, ... no, precisamente -balbuceé-.

—De ahí que no le explique, entonces; sino usted no cultiva la fe, no me comprenderá -me dijo reciamente y siguió su camino.

Y ahora, en esta lóbrega noche, y a pesar de la piel que yo sentía erizada por algún miedo inexplicable ante tan sórdido personaje, me animé a preguntarle si él no se animaría a un reportaje al cual luego estamparía en letras de molde en un periodicucho en el cual yo trabajaba en mis horas libres.

Sorpresivamente me dijo que sí. Ni lerdo ni perezoso ahí mismito comencé:

—Qué opinión le merecen la cantidad enorme de asesinatos que aparecen todos los días en los medios comunicacionales? Es alguna señal de los tiempos? -inquirí entre sagaz y profético-religioso.

—No, en absoluto -me respondió exultante y verborrágico y como con deseos de hablar de ello o de algún asunto que tenía en mente-.

—Lo que sí tengo bien claro -dije yo entre ignorante y pedante manifiesto- es que al fin y con el paso del tiempo, todo se sabe y se descubre. El crimen perfecto no existe!

—Se equivoca medio a medio, Raúl Silverio López ... Ortego?

—Sí, Ortego.

—Bueno, debe admitir, López Ortego, que su cara le delata y manifiesta — me asestó el muy maldito. Y ya yendo al intríngulis de los hechos -prosiguió McFairlane- debo decirle que hablo con suficiencia acerca de que el crimen perfecto existe puesto que yo mismo cometí uno aberrante hace más de veinte años, por lo cual ya prescribió!, y nadie lo supo y ya nadie puede condenarme por ello! -y esto último lo gritó exultante el muy palurdo.

—Co .. cómo es eso? -requerí asombrado.

—Así es, y no es necesario, y es redundante, invocar que hay que dominar el tema, y sobre todo el contexto, el cual y generalmente es el casi todo, verdad?

—Los que dicen que dicen que saben, aseguran así, que el contexto es lo importante -le animé a proseguir con dicho acompañamiento mental y verbal.

—Hay que saber hacerlo; y yo supe cómo; lo hice en las cercanías de las festividades de año nuevo; con tanto petardo, cohetes y música electrónica a reventar, nadie escuchó los gritos desgarradores de las inocentes víctimas.

—Eran niños, ancianos, hombres o mujeres? -Pregunté ya bañado en sudor espantoso y espantado.

—Con su pregunta usted corrobora que es un perfecto estúpido, López, cómo voy a matar seres humanos y luego confesarlo así como así!? Eran un par de gallinas que sacrificamos, y no para comerlas en las fiestas ni para ritos esotéricos y sangrientos.

—Entonces, Toribio McFairlane, porqué mató a esas dos gallinas?

—Porque me tenían los huevos por el piso!, López, por eso las maté!

Demás está decir que ése instante el reportaje terminó. Sí, lo confieso y cae de maduro: no me atreví a publicarlo en el ínclito pregón.

—Y por qué lo hace hoy y ahora? -me preguntó una voz a mis espaldas y a la cual no pude identificar entre la muchedumbre en la cancha de Boca Juniors y en medio de la bandeja alta, justo cuándo salía el equipo bostero y local entre cohetes, fanfarria y humos de bengalas, para enfrentar a su eterno rival: River Plate.

En ese momento, justo en ese instante, alguien arrojó dos gallinas desde las tribunas altas hacia el medio del campo. Tampoco pude precisar la cara

de quién lo hizo; la incipiente noche y mi vista que ya había empezado a abandonarme, lo impidieron, mas mis sospechas recayeron prontamente -y no sé por qué- en Toribio Mcfairlane.

Desde algún lugar del bosque de Limaclara. 30 de marzo de 2017. h 15:45